

# La otra novia en el espejo

LORENA RIVERA LEÓN

Lorena Rivera León es investigadora del Departamento de Filosofía de la Universitat de València.

A la luz de la tesis de Edward W. Said sostenida en *Cultura e imperialismo* a propósito de *Mansfield Park*, de Jane Austen, según la cual el interés por la temporalidad en los estudios narratológicos es equiparable a un rechazo funcional del espacio, la autora analiza *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë, a través de la similitud de las heroínas, y sus respectivos lugares, que protagonizan ambas obras literarias, restaurando la disposición adecuada de las relaciones humanas a un contexto colonial, especialmente en el caso de *Jane Eyre*, más desarrollado y evidente.

*In light of the thesis of Edward W. Said in Culture and Imperialism held about Mansfield Park, by Jane Austen, that the interest in the temporary narratological studies is equivalent to a rejection of the functional space, the author discusses Jane Eyre, by Charlotte Brontë, by similarity of the heroines, and their respective places, both literary protagonists, restoring proper disposal of human relationships at a colonial context, especially in the case of Jane Eyre, more developed and clear.*

## Palabras clave:

- Localización
- Hermenéutica
- Duplicidad
- Igualdad
- Matrimonio

Me volví desde la puerta, y vi una figura ataviada con aquel traje y aquel velo, tan diferente de la que estaba acostumbrada a ver que casi me pareció la imagen de una extraña.

CHARLOTTE BRONTË, *Jane Eyre*

**M**ANSFIELD PARK Y JANE EYRE: EL VALOR DE LA OLVIDADA HERMENÉUTICA DE LOS ESPACIOS. Cuando en su obra *Cultura e imperialismo* Edward W. Said se dispone a presentar su análisis de *Mansfield Park* de Jane Austen, llama la atención sobre el hecho de que la centralidad que, a partir de Lukács y Proust, ha adquirido la temporalidad en los estudios narratológicos, ha tenido como consecuencia que la importancia funcional del espacio, la geografía y la localización sea generalmente desdenada.<sup>1</sup> Al exponer su visión de esta novela de madurez de Austen, aparecida en 1814, Said muestra, sin embargo, cómo lo espacial, tanto restringido al microcosmos de la vida doméstica que tan bien describe la autora inglesa, como abarcando el territorio de las lejanas plantaciones coloniales, brinda una novedosa clave de interpretación del texto, que se nutre en especial del juego de relaciones de interdependencia entre tan distantes y distintos lugares. Aludiendo al lema *Periferias. Sobre el extremo como término medio* del III Encuentro Internacional Entornos Filosóficos en que se inscribe este breve ensayo, cabría afirmar que la isla de Antigua es precisamente la periferia, el extremo olvidado que conquista sin embargo el centro cuando se comprende que el libro que lo silencia no sería posible sin él.<sup>2</sup> Creemos que la intuición de Said respecto de *Mansfield Park* es aplicable, en líneas generales, a otra gran novela inglesa del siglo XIX, publicada treinta y tres años después, en 1847, y por tanto en un contexto colonial más desarrollado y evidente. Nos referimos a *Jane Eyre* de Charlotte Brontë, en donde las referencias a las posesiones británicas

de ultramar son más abundantes que en el relato de Jane Austen.

Resultaría sumamente interesante realizar un estudio comparativo de ambas narraciones, pues son muchos sus puntos de encuentro. Sirva como botón de muestra el perfil de sus dos protagonistas femeninas, en apariencia débiles, necesitadas desde la infancia de la protección de un tío rico, siempre varón —el señor Reed en el caso de Jane y Sir Thomas en el de Fanny—, que las acoge de buen grado en su majestuosa mansión, donde crecerán no obstante desubicadas, sin lograr la completa aceptación de sus tías y primos. Existen, por supuesto, diferencias entre ellas. La iniciativa de Jane y su empeño en la búsqueda de independencia económica no encuentran parangón en la más pasiva Fanny Price, pero ambas comparten un elevado grado de moralidad al que deben, en último término, el cumplimiento de un sueño común: el matrimonio con sus respectivos amados, el señor Rochester y Edmund Bertram, que coinciden en no ser los primogénitos, y por tanto herederos, sino los hijos segundos de acaudaladas familias.

Aparte del parecido apuntado entre sus dos heroínas, existen más semejanzas entre ambas novelas, pero, por desgracia, la pretensión de acometer la sugestiva tarea de analizar sus similitudes y divergencias nos obligaría a sobrepasar ampliamente las reducidas dimensiones a las que debe ajustarse este texto. A pesar de ello sí quisiéramos, retomando la propuesta hermenéutica de Said con respecto a *Mansfield Park*, fundar nuestra contribución a Entornos Filosóficos III en un rasgo común a ambas obras, que además justifica plenamente que se dedi-

1 E. W. SAID, *Cultura e imperialismo*, trad. de N. Catelli, Barcelona, Anagrama, 2004, p. 147.

2 E. W. SAID, *Cultura e imperialismo*, pp. 141-165.

*El señor Rochester compone con singular habilidad el cuadro visual, táctil y sonoro del sofocante ambiente antillano que fue causa de una momentánea crisis de desesperación*

que atención a *Jane Eyre* en un encuentro cuyo título juega con conceptos básicamente espaciales. A lo largo de las páginas que siguen mostraremos cómo las localizaciones, las ubicaciones, los lugares, pero también los desplazamientos y los viajes como única huida posible a sucesivas reclusiones, adquieren en este texto de Charlotte Brontë una importancia cuanto menos equiparable, si no superior, a la que estos elementos pudieran poseer en el relato de Jane Austen de acuerdo con la interpretación de Said.

Si en *Cultura e imperialismo* su autor mostraba la mutua dependencia entre un emplazamiento geográfico al que la narración otorgaba la voz —la mansión inglesa de Mansfield Park— y otro ante el que permanecía sospechosamente muda —las posesiones coloniales en Antigua—, en *Jane Eyre* el extremo territorial es hasta tal punto nuclear que sin él la novela sería forzosamente otra. Su presencia se concentra en el personaje de Bertha Antonieta Mason, la esposa enajenada, de brutalidad animal, que el señor Rochester esconde en el desván de Thornfield Hall, rincón apartado, “extremo” por tanto de la gran mansión, dotado de un rico valor metafórico, que se acrecienta aún más si se toma en consideración el país de origen de su moradora. La mujer trastornada que habita la buhardilla es la hija criolla de un comerciante británico, el señor Mason, antiguo compañero del padre de Edward Fairfax Rochester y dueño de una plantación en las Antillas. Precisamente por mediación de su progenitor la conoció el actual propietario de Thornfield en Puerto España, donde al poco tiempo la desposó.

Resulta sumamente revelador, desde el punto de vista de la crítica literaria colonial, el relato que Edward Rochester ofrece a Jane de cómo tomó conciencia de su incapacidad para lidiar con la perturbación mental de su mujer a miles de kilómetros de Inglaterra. No nos resistimos a reproducir aquí parte de su descripción, de resonancias infernales, del bochornoso clima que lo asfixiaba en Jamaica una noche en que los aullidos de Bertha interrumpieron su descanso: “Era una de esas noches borrascosas típicas del clima antillano, precursora de huracán. Como no conseguía dormir, me levanté a abrir la ventana, pero el aire traía ráfagas de vaho sulfurosos y no aportaba frescor alguno. El cuarto se llenó de mosquitos que entraron zumbando en sombrío remolino, y el mar resonaba a lo lejos como un terremoto. Sobre él se cernían negros nubarrones y una lona ancha y roja se hundía en su oleaje cual ardiente bala de cañón, tras echar una última mirada sangrienta al mundo estremeado por el germen de la tormenta”.<sup>3</sup> El señor Rochester compone con singular habilidad el cuadro visual, táctil y sonoro del sofocante ambiente antillano que fue causa de una momentánea crisis de desesperación durante la cual pensó incluso en pegarse un

tiro. De su enajenación transitoria vino sin embargo a salvarlo, cual personificada Esperanza, un dulce viento fresco proveniente de Europa que le devolvió la razón y pareció sugerirle, como en un susurro íntimo y liberador, la idea de regresar al viejo continente llevando consigo a la demente, a la que podría encerrar en Thornfield (JE, 367-368).

El contexto colonial se hace evidente en *Jane Eyre*, amén de en lo relativo a la figura de Bertha Mason, en al menos otras dos cuestiones que revisten cierta importancia. En primer lugar, se da la circunstancia de que es un tío de Madeira quien lega a Jane la inesperada herencia de cinco mil libras que le permitirá gozar, aunque sea de un modo fortuito y un tanto desazonador, de la independencia económica a la que siempre ha aspirado. En segundo lugar nos encontramos con que John Rivers desarrollará finalmente su actividad misionera en la India. Se trata del primo de hielo, entregado sólo al deber, que pide infructuosamente matrimonio a Jane con la única pretensión de convertirla en la fiel compañera que trabaje a su lado por el progreso de su causa.

RECLUSIÓN Y FUGA: ESTACIONES DEL VIAJE DE JANE HACIA EL RECONOCIMIENTO. Hasta aquí nos hemos referido al modo en que la procedencia antillana de Bertha Mason, así como su condición de moradora de un apartado desván, la convierten en un personaje doblemente situado en un espacio al que podría aplicarse el calificativo de “extremo”, y ello en dos sentidos: en primer término, entendido como aquello que está separado de algo por una gran distancia, y en segundo, con la significación de extremidad, es decir, de punta o cabo que se encuentra al principio o al final de algo y que por tanto no deja en cierta manera de relacionarse con su mismo núcleo, de permanecer en contacto con él. La buhardilla de Thornfield y las Antillas son en *Jane Eyre* dos versiones del extremo, distante y distinto, que se halla ligado sin embargo de forma continua e indisoluble a los centros del orden y la razón, ya se trate de la mansión victoriana o del viejo continente. La tercera variante o, mejor, el tercer componente de la posición de “extremo” que caracteriza a Bertha Mason es, para decirlo con Michel Foucault, el “afuera” esencial: su locura. Este rasgo definitorio de su personalidad, lejos de desterrarla a un rincón de la novela, análogo al lugar que Rochester ha reservado para ella en su hogar, la sitúa en el eje de la acción, al posibilitar, como intentaremos demostrar, su conversión en el otro yo de la cuerda Jane, en su doble siniestro.

La primera vez que Jane Eyre percibe con claridad a su terrible doble, familiar y extraño a un tiempo, es la noche en que Bertha, que ha logrado introducirse sin ser vista en su habitación, se coloca su velo de novia y se vuelve para contemplarse en el espejo. “En ese momento vi reflejado su rostro con bastante detalle en la luna oval y oscurecida del armario, y se me quedaron grabadas sus facciones” (JE, 336). Con estas palabras la joven le refiere al señor Rochester el efecto que produjo en ella tan espeluznante visión, que sin embargo no pudo resultarles completamente ajena. Tras quitarse el velo, Bertha lo desgarró en dos mitades y lo arroja al suelo, donde lo pisotea. Antes de abandonar la estancia y tras lanzar una escalofriante mirada a

<sup>3</sup> CH. BRONTË, *Jane Eyre*, trad. de C. Marín Gaité, Alba, Barcelona, 2004, pp. 366-367 (en adelante, JE y número de página).

Jane, que no se ha levantado de su lecho, acerca una vela encendida a su rostro y la apaga de repente, lo que provoca el desmayo de ésta. De este desvanecimiento hay, como la propia Jane le confiesa a su futuro marido, un único precedente en su vida, que se remonta a los años de su infancia en casa de sus tíos, a un gélido atardecer de noviembre en que se la castigó a permanecer encerrada en una singular estancia.

Gateshead, la residencia de sus parientes los Reed, es el primero de los espacios prestados, impropios, que Jane Eyre, singular heroína de sugerente nombre,<sup>4</sup> ha de habitar. Las primeras páginas de la novela, un genuino *Bildungsroman* femenino, amén de servir de paradigmático ejemplo de cómo Charlotte Brontë se sirve de las propiedades opuestas del fuego y el hielo para caracterizar las experiencias y los sentimientos de su protagonista, nos presentan a ésta voluntariamente apartada, a la par que cobijada, en un espacio fronterizo de fuerte valor simbólico. Se trata del poyo de la ventana con cortinas escarlata que hay en el comedorcito con biblioteca contiguo al salón. Desde él Jane se siente a salvo, en cierto modo separada de un mundo interior, el de la vida familiar con los Reed, ardiente y claustrofóbico que la rechaza, al tiempo que, de modo alternativo, contempla la helada tarde de noviembre y pasa las páginas de la *History of British Birds* de Bewick, que se concentra en las regiones polares:

Me encaramé al asiento de la ventana, crucé las piernas y me senté al estilo turco. En cuanto se corría la cortina roja, quedaba aislada casi por completo y me sentía doblemente amparada en aquel refugio. Por la derecha, pliegues de tapicería color escarlata me ocultaban del resto de la habitación; por la izquierda, las transparentes cristalerías me protegían, aunque no me separasen del helado día de noviembre. De vez en cuando, mientras pasaba las páginas del libro, observaba el aspecto de aquella tarde invernal (JE, 16).

Si acudimos al original inglés para cotejar las dos primeras líneas del texto que aquí hemos reproducido, nos encontramos con la presencia de un término que hace patente la ambigüedad constitutiva del peculiar refugio en que se oculta Jane, límite entre dos universos igualmente hostiles.<sup>5</sup> La palabra “*shrine*”, que Charlotte Brontë utiliza, hace referencia a un recinto sagrado, que es tanto sepulcro como santuario, circunstancia ésta que pone en alerta sobre los peligros inherentes al empeño de Jane por conquistar un espacio de autonomía y libertad. El lugar donde se busca cobijo y amparo puede tornarse prisión o tumba y la ansiada independencia degenerar en solipsismo. De momento es su despótico primo John Reed quien bruscamente saca a la niña de su mundo imaginario. Este pequeño tirano irrumpe en la estancia rompiendo el embrujo que a Jane le producen la vasta extensión de la zona ártica y los rigores del crudo frío en los reinos de cadavérica blancura. John le recuerda su precaria posición en una casa que a él, como heredero, le pertenece y le lanza además el volumen de Bewick a la cabeza. Esto último desata la furia de Jane que, *fuera de sí*, como una fiera o una rata, lo compara con Nerón y Calígula, asesinos y opresores de los que tiene cono-

*La palabra “shrine”, que Charlotte Brontë utiliza, hace referencia a un recinto sagrado, que es tanto sepulcro como santuario... El lugar donde se busca cobijo puede tornarse prisión o tumba*

cimiento por la *Historia de Roma* de Goldsmith (JE, 17-21).

El castigo que la díscola huérfana se gana es su encierro en el cuarto rojo, cuyo color coincide significativamente con el de las cortinas del pequeño comedor con biblioteca entre las que le gusta ocultarse. Se trata de una estancia grande y majestuosa, helada porque nunca se usa, e inundada por una tonalidad carmesí sobre la que destacan dos pinceladas blancas: un butacón que a Jane se le antoja un “trono fantasma” (JE, 23) y una enorme cama. Sobre ella debió de reposar el cuerpo de su tío y único protector, el señor Reed, que entregó su último suspiro nueve años atrás, precisamente en esa habitación. Su esposa aún conserva, en cierto cajón secreto del gran armario de ese cuarto, una miniatura suya, que permanece guardada junto a diversas escrituras y una caja de joyas. Jane es consciente de que una suerte de terror sagrado es la causa del rechazo general, entre los habitantes de la casa, a entrar en esa gran caverna fantasmal de tintes mortuorios en que la han confinado. “No podría imaginarse una prisión más segura” (JE, 24) afirma al comprobar que los cerrojos están efectivamente echados. Este pensamiento contiene una verdad tanto en sentido literal como metafórico, pues la efectiva reclusión física de Jane junto al lecho de muerte de un padre que ni siquiera fue realmente el suyo, ejemplifica la claustrofobia que le produce una sociedad en la que ella, subordinada, vulnerable e inquieta, continuamente fuera de lugar, se sabe atrapada. Asustada, cruza por delante de un espejo de cuyas profundidades emerge hacia ella una imagen que le resulta desconcertante y extraña, pues se asemeja a uno de esos minúsculos fantasmas, mezcla de hada y diablillo, que son personajes habituales de los cuentos nocturnos de Bessie.

Frustrada y enfadada por su situación, Jane se queja de las injusticias de su vida, al tiempo que parece buscar, aunque quizá sólo en su imaginación, “una treta especial para acabar con una opresión tan insoportable; por ejemplo, escaparme o, caso de que esto no fuera posible, negarme a comer y a beber nunca más: dejarme morir” (JE, 25). La huida por medio de la fuga o de la inanición son posibilidades que volverán a aparecer en el transcurso de la novela. Sin embargo, su liberación del encierro en el cuarto rojo la consigue Jane sólo tras sucumbir a una tercera y quizá más terrible alternativa: la locura. Sugestionada por el misterio y la solemnidad que envuelven el espacio en que se halla presa y convencida de que si su tío viviera la trataría con cariño, la niña cree reconocer en una luz al fantasma de éste, que regresaría para vengar los atropellos que padece y recriminarle a su esposa el incumplimiento de la promesa de cuidar de su sobrina que le hiciera antes de su muerte. Así describe la Jane adulta las sensaciones que se apoderaron de ella tras vislum-

4 Como se apunta en *La loca del desván*, el apellido “Eyre” recoge, si se pronuncia en inglés, hasta tres sustantivos de grafía diferente, pero de sonoridad parecida: *air* (aire), *heir* (heredera) y *ire* (ira). De este modo, puede pensarse que Jane, “... es invisible como el aire, heredera de nada, y en secreto está llena de ira”. (Véase S. GILBERT Y S. GUBAR, *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*, trad. de C. Martínez Gimeno, Cátedra, Madrid, 1998, p. 347).

5 Copiamos aquí el texto original al que nos referimos: “I mounted into the window-seat: gathering up my feet, I sat cross-legged like a Turk; and, having drawn the red moreen curtain nearly close, I was *shrimed* in double retirement”. (Ch. BRONTË, *Jane Eyre*, Norton & Company, London, Nueva York, 2001, p. 5. La cursiva es nuestra.)

brar el resplandor que creyó procedente del más allá: “Mi corazón latía furiosamente, la cabeza me ardía y un zumbido que interpreté como batir de alas aturdió mis oídos. Sentí algo cerca, no podía respirar, me ahogaba y mi resistencia se hizo añicos” (JE, 27). Alarmadas por los sollozos y gritos de la niña, las señoritas Bessie y Abbot acuden a averiguar qué le ocurre. A ellas se une la señora Reed que, convencida de que Jane sólo está haciendo teatro, la empuja de nuevo al interior del cuarto rojo. Con las siguientes palabras la narradora adulta da cuenta de las consecuencias que esta acción tan carente de compasión produjo: “Oí sus pasos furtivos alejándose, y cuando se marchó del todo supongo que debí de sufrir una especie de síncope. La pérdida del conocimiento fue el telón que cayó sobre la escena”. Su siguiente recuerdo es el de su despertar abandonando una pesadilla, pero con la visión ante sí de “... una espantosa claridad roja cruzada por gruesos barrotes negros” (JE, 29). Se trata, en realidad, del resplandor procedente de la chimenea encendida en el cuarto de jugar, que ella puede apreciar desde su cama, donde reposa. Pese al carácter reconfortante y acogedor que usualmente se otorga al fuego que arde en el hogar, en este momento representa para Jane un turbador recordatorio de la espeluznante experiencia vivida en una peculiar celda. Como el cuarto rojo al que ella lo asocia, está cargado de una terrible fuerza simbólica, sirviendo quizá de anuncio de vivencias futuras, que no serán sino variaciones del motivo central de reclusión y fuga del que la estancia en que Jane encuentra su primera prisión ofrece, en pequeña escala, el paradigma.

El incidente del cuarto rojo, unido a la posterior convalecencia de Jane a que da lugar, precipita quizá la marcha de la huérfana hacia el que será el siguiente escenario de su peregrinaje formativo: la escuela Lowood. Antes de su partida destaca un enfrentamiento con su tía, a la que reprocha el haber faltado a la promesa que le hiciera a su esposo de ocuparse de ella. “¿Qué le diría a usted el tío Reed si viviera?” (JE, 40), es la pregunta que se le escapa de los labios con escasa intervención de su voluntad, pues, como ella misma comenta al relatar años después el episodio: “...era como si la boca no me hubiera pedido permiso para pronunciar aquellas palabras: surgían de una zona interior de mi ser sobre la que yo evidentemente no tenía mando” (JE, 40). He aquí, por tanto, un nuevo síntoma de la existencia encubierta de “otra Jane” hacia la que apuntan también las palabras de la doncella Abbot a la maternal Bettie a propósito de la niña que se disponen a recluir por orden de la señora Reed: “Es una criatura muy doble, yo nunca he visto a nadie de su edad con tantas conchas, más que un galápago” (JE, 22).<sup>6</sup> El término “doble” traduce aquí “*underhand*”, que la señorita Abbot emplea en la misma frase que “*cover*”. Jane encubre, solapa, esconde tras cierta superficie visible distintas capas. Uno de los estratos de su subsuelo aflorará ante sí en la imagen de la loca Bertha ataviada con su velo de novia, que descubre reflejada en el espejo la fatídica noche de la intromisión de ésta en su cuarto.

Sin embargo, antes de llegar a Thornfield Hall, la mansión del señor Rochester en que tiene lugar la intempestiva intrusión de Bertha Mason en la habita-

ción de Jane, ésta pasará por el internado Lowood donde, a pesar de padecer hambre y frío, logrará convertirse en institutriz, a la vez que aprenderá a dominar la ira que en otro tiempo hiciera su irrupción en el cuarto rojo o en la disputa con su tía. En esta institución académica, además del cruel e hipócrita señor Brocklehurst, destaca la presencia de dos figuras femeninas admiradas por Jane: la señorita Temple y Helen Burns. Desafortunadamente, no nos podemos detener en realizar el análisis que merecen, por lo que nos limitaremos a señalar que las dos se caracterizan por poseer, aunque con distintos matices, un carácter en el que la afabilidad, la tranquilidad y la armonía han sabido imponerse controladamente a la furia y al resentimiento que en ellas, como en Jane, si bien en un grado mínimo y muy oculto, también habitan. Frente a esta suerte de “ángeles de la casa” a quienes Jane ni siquiera sueña con emular, hay en la novela tres personajes femeninos ligados a Thornfield que representan otros tantos modelos negativos que la protagonista del relato debe rechazar. Nos referimos a la pequeña Adèle, Blanche Ingram y Grace Poole, a las que, por desgracia, hemos de conformarnos con nombrar, pues no disponemos de las páginas requeridas para un estudio apropiado de sus papeles.

El día en que la señorita Temple parte definitivamente de Lowood por haber contraído matrimonio, Jane siente que el sosiego y la serenidad que ella logró transmitirle la abandonan, quizá porque le faltan razones para seguir cultivándolos. Por ello decide que es el momento de traspasar los muros del internado en el que ha crecido y de enfrentarse al mundo. Contratada como institutriz llega a Thornfield Hall, la estación más importante de su viaje formativo. En una novela en la que los espacios cobran protagonismo a nivel interpretativo, destaca la arquitectura de esta mansión cuya estructura, distribución, estancias y pasillos adquieren un singular valor metafórico en relación con la vida y experiencias de la heroína. En ella hay una larga y fría galería donde cuelgan retratos de antepasados desconocidos para Jane, que recuerdan la presencia en el cuarto rojo de su fallecido tío. Después de atravesar este lúgubre corredor, la joven siente alivio al entrar en su pequeño y acogedor dormitorio, que está amueblado con sencillez. La armonía que desprende esta habitación parece conectada con el orden, la moderación y la templanza que la señorita Temple lograra imprimir al carácter de Jane. No obstante, ni siquiera este tranquilo refugio se verá a salvo de la irrupción de la ira, personificada en la figura de la intrusa Bertha Mason. La morada de ésta, el desván del tercer piso, estudiada guarida donde el señor Rochester oculta a su incómoda bestia, es precisamente el lugar más significativo de la gran casa.

*Destaca la arquitectura de esta mansión cuya estructura, distribución, estancias y pasillos adquieren un singular valor metafórico en relación con la vida y experiencias de la heroína*

<sup>6</sup> En el original inglés la señorita Abbot afirma: “She’s an underhand little thing: I never saw a girl of her age with so much cover”. (Ch. BRONTË, *Jane Eyre*, p. 10.)

Una vez que hemos descrito Thornfield Hall pasaremos a ilustrar con trazos muy generales la relación de Edward Rochester y Jane Eyre, que nace marcada, desde el inicio, por el signo de la igualdad. La primera aparición ante Jane de su futuro marido es de cuento de hadas y sin embargo contiene una anomalía reveladora: el apuesto jinete que surge ante ella cuando pasea por el campo resbala con la escarcha y cae de su corcel. Dado que se ha torcido el tobillo, para poder acercarse hasta su caballo no tiene más remedio que servirse, a modo de bastón, de la joven que acaba de conocer y que le ofrece su ayuda (JE, 136-142). En sus encuentros posteriores continúa haciéndose patente la paridad de una Cenicienta y un príncipe muy singulares. El fuerte, corpulento y poderoso dueño de Thornfield necesita en numerosas ocasiones del auxilio de la débil, pobre y menuda Jane. Esto sucede, por ejemplo, la aciaga noche, anticipo simbólico de desgracias futuras, en que ella lo rescata de su cama ardiendo (JE, 178-182), o aquella otra ocasión, también de madrugada, en que se ocupa de sanar las heridas que Bertha le ha infligido a Richard Mason, mientras él acude en busca del médico (JE, 246-259). El sentimiento de igualdad mutuo entre el amo de la mansión y su subordinada es la causa subyacente a la circunstancia de que Jane sea la única mujer a la que no consigue engañar vestido de gitana. Ella parece capaz de ver la verdad bajo sus ropajes de cingara, de modo análogo a como él ha sabido descubrirla más allá de su disfraz habitual de institutriz poco agraciada. Precisamente cuando Rochester intente nuevamente embaucarla, haciéndole creer que piensa desposar a Blanche Ingram, será la misma Jane quien, en un arranque de ira, saque a la luz al ser humano que, bajo una poco favorecedora máscara cotidiana, clama por ser reconocido y escuchado:

¿Cree que por ser pobre, insignificante, vulgar y pequeña carezco de alma y de corazón? Pues se equivoca. Tengo un alma y un corazón tan grandes como los suyos; y si Dios hubiera tenido a bien dotarme de belleza y fortuna, le aseguro que le habría puesto tan difícil separarse de mí como lo es para mí dejar Thornfield. Y mis palabras no surgen dictadas, créame, por la rutina o por las convenciones sociales, ni siquiera brotan de mi carne mortal. La que oye es la voz de mi alma que se dirige a la suya, voz de ultratumba como si los dos hubiéramos muerto y estuviéramos arrodillados a los pies de Dios, almas gemelas, porque lo somos (JE, 300-301).

La respuesta de Rochester no desmerece en absoluto respecto a las palabras de su amada y constituye, también, un auténtico despojamiento de disfraces, pues confiesa que la ha engañado en lo referente a la señorita Ingram y se muestra de acuerdo con ella en que son iguales: "Aquí está mi esposa, porque mi alma gemela y mi otro yo están aquí, donde tú estás, Jane, ¿te quieres casar conmigo?" (JE, 302). Sin embargo y pese a las declaraciones de paridad de ambos, los dos presentan, aun sin quererlo, impedimentos para el enlace, que guardan conexión, paradójicamente, con su desigualdad. Rochester, a diferencia de la joven institutriz que pretende desposar, tiene conocimiento de la sexualidad, lo cual le confiere cierta superioridad.

*El gran secreto de Rochester,  
la existencia de su enajenada esposa  
criolla, invierte su aparente  
posición privilegiada en relación  
con Jane, situándolo en  
inferioridad frente a ella*

De ella hace gala cuando, una vez conseguido el consentimiento de Jane, comienza a llamarla "mi dulce niña" (JE, 313), "mi esposa-niña" (JE, 308), "mi duendecillo pálido" o "mi grano de mostaza" (JE, 307) y a aplicarle en general epítetos y sobrenombres que subrayan la distancia entre ellos en lo tocante a su grado de iniciación en los misterios de la carne. No obstante, el gran secreto de Rochester, la existencia de su enajenada esposa criolla, invierte su aparente posición privilegiada en relación con Jane, situándolo en inferioridad frente a ella, ya que no fue el amor y el reconocimiento, sino más bien el afán de dinero y poder, así como la voluntad de reafirmarse en la propia virilidad, lo que motivó su unión con Bertha.

La protagonista de la novela, por su parte, da muestras de creer engañosa la igualdad que su amado parece ofrecerle. Esto se hace patente en diversas situaciones, de las que puede constituir un ejemplo iluminador su reflexión tras abandonar, abochornada, la tienda de telas y la joyería a las que el señor Rochester la ha llevado para comprarle costosos vestidos y adornos con los que engalanarla: "Sonrió y su sonrisa me pareció la de un sultán, extasiado ante la visión de la sierva a quien ha cubierto de oro y piedras preciosas" (JE, 319). Las sospechas y los turbios presagios se intensifican a medida que se aproxima la fecha prevista del enlace con su prometido y con ellos crece su miedo acerca de lo que supone este acontecimiento. Seguramente por ello comienza a resurgir en la joven el sentimiento de duplicidad que ya experimentara en el cuarto rojo, como si de algún modo estuviera siendo arrastrada a un pasado que aún pesa sobre ella. Durante siete noches, en las que se incluye la del ataque de Bertha a Richard Mason, Jane tiene, de manera recurrente, pesadillas con un niño. Además, el día después de que el terrible alarido de la loca del desván la despierte, recibe la noticia de que su tía está agonizando, por lo que decide partir a Gateshead para acompañarla. Las palabras que la moribunda señora Reed le espeta a su sobrina al reconocerla junto a su cama, apuntan de nuevo al carácter doble de ésta: "¿Eres Jane Eyre? ... Una vez se me enfrentó como una loca, como una fiera, yo nunca he oído a un niño diciendo aquellas cosas, ni mirando de aquella manera" (JE, 275-276). A todos estos sucesos de mal agüero se unen dos sueños dramáticos que atormentan a Jane la víspera de su boda. En el primero de ellos se ve a sí misma cargando con una criatura muy pequeña que llora inconsolable entre sus brazos. En el segundo aparece siguiendo a Rochester entre las ruinas de Thornfield Hall. Pese a que ello dificulta sus andares, continúa portando al desconocido niño en su regazo. Cuando su amado, que monta a caballo, dobla la última curva del camino, ella trepa por una pared y se inclina hacia fuera para verlo, pero el muro se desmorona, a

*La esposa enajenada de  
Rochester encarna el lado furioso e  
iracundo que Jane ha intentado  
reprimir desde su infancia y  
constituye por ello su otro  
yo más oscuro y oculto*

consecuencia de lo cual pierde el equilibrio. La criatura se le escapa de las rodillas y ella cae al vacío (JE, 334-335).

Al mismo tiempo que todas estas imágenes turbadoras visitan a Jane en sus sueños, durante el día distintos episodios evidencian el extrañamiento de la joven respecto de sí misma. Incluso sabiendo que la celebración de su enlace es inminente, la aún institutriz se resiste a pegar en su equipaje las etiquetas donde su futuro marido ha escrito "Jane Rochester". La mujer que responde a este nombre es todavía una desconocida para ella, aunque en su armario muchas de sus prendas, una "indumentaria fantasma" (JE, 327), hayan venido a usurpar el lugar que hasta entonces ocupara su sencillo atuendo. La misma mañana de su boda cuando, vestida ya de novia, se gira para mirarse al espejo, no se reconoce: "Me volví desde la puerta, y vi una figura ataviada con aquel traje y aquel velo, tan diferente de la que estaba acostumbrada a ver que casi me pareció la imagen de una extraña" (JE, 340). Teniendo en cuenta toda esta serie de separaciones de su yo, quizá no resulte tan sorprendente que sea precisamente la luna oval del armario de su dormitorio la que le devuelva a Jane su extrañeza en la figura de Bertha, como ya lo hiciera en otro tiempo, bajo una forma diversa aunque igualmente espectral, el espejo del cuarto rojo. La esposa enajenada de Rochester encarna el lado furioso e iracundo que Jane ha intentado reprimir desde su infancia y constituye por ello su otro yo más oscuro y oculto, pero también más familiar y cercano. Analizando la estancia de la institutriz en Thornfield Hall se descubre que Bertha Mason ha funcionado desde el principio como su doble siniestra. Ella ha llevado a término las fantasías más secretas de Jane, todo aquello cuyo deseo ésta no se atrevía siquiera a formular o a confesarse. A la joven, que teme su matrimonio con el poderoso dueño de Thornfield, le gustaría en lo más recóndito de su ser aplazar su boda y desgarrar el costoso velo de esa "Jane Rochester" que de momento le es ajena. Bertha lo hace por ella, al igual que puede, por su fortaleza física y gran corpulencia, enfrentarse a Rochester cuando Jane se siente amenazada por el dominio que éste ejerce sobre ella.

Las dos mujeres son, como evidencia esta actuación de Bertha para la consecución del anhelo oscuro de Jane, físicamente opuestas. Sin embargo, la designación cariñosa de "bruja caprichosa" (JE, 322) que Rochester aplica a la institutriz, recuerda a la de "espantosa bruja" (JE, 359) que emplea para referirse a su demente esposa criolla. De modo análogo, su descripción de ésta como un monstruo<sup>7</sup> trae paradójicamente a la memoria del lector el miedo que Jane manifestara ante la señora Fairfax de ser demasiado "monstruosa" para merecer el amor del hombre para el que ambas trabajan.<sup>8</sup> Además, la locura de Bertha y su

comportamiento fiero y bestial se relacionan con la percepción que tuvo la señora Reed de su sobrina en el enfrentamiento al que hemos hecho referencia con anterioridad. De la caída de la demente de la buhardilla en lo animal parece haberse contagiado Jane, quien, tras conocer su existencia, inicia su huida de Thornfield "...a cuatro patas y luego de rodillas hasta que pude enderezarme del todo, más decidida que nunca a alcanzar la carretera" (JE, 382). "Como un perro extraviado y famélico" (JE, 389) la joven que, hasta la víspera, fuera la prometida del señor Rochester, deambula sin rumbo por los páramos, donde pasa frío y hambre hasta el extremo de lanzarse a engullir ferozmente un potaje frío de avena que estaba destinado a servir como alimento a los cerdos (JE, 391). Por otra parte, aun mostrándose convencida de que ha de guiarse por principios justos y escapar de la trampa de un matrimonio desigual, Jane no deja de reconocer que es presa de cierta forma de enajenación: "Seguiré fiel a los principios que me sostuvieron cuando estaba en mis cabales y no loca como ahora... estoy loca, loca de remate, porque me corre fuego por las venas y el corazón me galopa tan aprisa que soy incapaz de contar sus latidos" (JE, 377).

Adoptando el consejo de la luna que se dirige a ella para indicarle que se aleje de la tentación (JE, 379), Jane emprende una fuga de Thornfield que la conducirá hasta la última estación de su peregrinaje vital antes de regresar a las posesiones del señor Rochester en las que se halla su destino. En Marsh End, donde habitan unos encantadores, cultos y compasivos jóvenes que resultan ser sus primos, la protagonista de la novela aprende que el seguimiento estricto, al margen de cualquier emoción, de los principios, los valores y la ley no es suficiente. Se da cuenta de que aceptar la propuesta de matrimonio de St. John Rivers, esa "fría y agobiante columna, tan triste como anacrónica" (JE, 461), sería una traición a sí misma equiparable a la que habría supuesto su unión con un Edward Rochester ya casado. Como ya le confesara una vez a Helen Burns<sup>9</sup> siendo niña, Jane percibe que la sola aprobación de su conciencia no le basta, pues necesita del amor de los demás que desde siempre ha buscado. Se percata de que para complacer a su primo John, que la quiere únicamente como esposa espiritual, dispuesta a sacrificarse y a trabajar con él, ayudándole a sobrellevar las fatigas de su labor misionera, no hay más opción que "renegar de la mitad de mi naturaleza, sofocar la mitad de mis facultades y desviar mis gustos de su cauce habitual para verme forzada a emprender actividades a las que no me sentía inclinada por naturaleza" (JE, 467). Sabe que "sería insoportable convertirme en su esposa, siempre a su lado y refrenada bajo su control, forzada a rebajar continuamente el fuego de mi naturaleza para que ardiese sólo internamente sin manifestarse a gritos, a expensas de que la llama cautiva llegara a abrasarme las entrañas" (JE, 477-478). Por ello, cuando en medio de la noche percibe claramente la voz rota y suplicante de Edward Rochester pronunciando su nombre, no duda en acudir a su desesperada llamada.

Jane, que es por fin económicamente independiente gracias a la inesperada herencia recibida de su tío de Madeira, vuelve a Thornfield, donde descubre la

<sup>7</sup> La siguiente frase pertenece a la explicación que Rochester da a Jane de cómo trasladó a Bertha hasta Thornfield: "La llevé, pues, a Inglaterra y no pudes imaginar el viaje tan horrible que me dio aquel monstruo a bordo de un buque" (JE, 368).

<sup>8</sup> He aquí las palabras de Jane a la señora Rochester: "¿Tan monstruosa le parece? ¿Tanto como considerar un disparate que el señor Rochester se haya enamorado de mí?" (JE, 315).

<sup>9</sup> He aquí la respuesta de Jane a Helen cuando ésta le recuerda que "aunque todo el mundo te odiase y te tratase como a una apestada, mientras tu propia conciencia te diera la aprobación y te absolviera de toda culpa no estarías sin amigos": "Ya sé que mi conciencia podría aprobarme, pero eso no me basta, Helen. Si los demás no me quieren, me siento morir, no soporto vivir aislada y rodeada de odio" (JE, 87).

muerte de Bertha y las ruinas, que ya había predicho su sueño, de la que fuera una imponente mansión en otro tiempo. Ello constituye, junto con su reencuentro en Ferndean con un Rochester ciego y manco y su posterior matrimonio con él, el epílogo esencial de la novela que ha narrado el peregrinaje de Jane hacia la igualdad, la autonomía y el reconocimiento. Como ya sucediera en otros momentos de la vida de la protagonista en Thornfield, Bertha, que quema la casa y se aniquila a sí misma, actúa como el agente de los deseos escondidos de Jane, posibilitando en último término su regreso y posterior unión en condiciones de paridad con su amado. Además de destruir el grandioso edificio que simbolizaba el poderío de Rochester y la consiguiente servidumbre de Jane, Bertha logra el cumplimiento de una aterradora predicción que a la institutriz le había revelado su conciencia antes de que abandonase Thornfield: “No, tú sola has de desprenderte de todo esto. No implorés ayuda, pues no la hallarás. Tú misma te arrancarás el ojo derecho y te mutilarás la mano. Tu corazón será la víctima y tú el sacerdote que lo sacrifique” (JE, 355). Al causarle de manera indirecta a su marido, cuando intenta rescatarla de entre las llamas del incendio que ella ha provocado, las terribles heridas que derivan en su mutilación y ceguera, la loca del desván está ejerciendo, de nuevo, el papel de hábil y oscura ejecutora de los sombríos anhelos de la cuerda Jane. Es, como en otras ocasiones, su doble siniestra. Por ello su muerte literal resulta simbólica para ella, tal como lo habían preanunciado las pesadillas que la atormentaron la víspera de su malograda boda. Cuando la Bertha que hay en ella se despeña de los muros derruidos de Thornfield, arrastrando en su caída a la criatura que porta en su regazo, la carga del pasado que aún persistía en Jane termina por esfumarse. Sólo a raíz de ello puede tener lugar su unión, en términos de igualdad, con un Edward Rochester menguado en su fuerza física y de algún modo castrado simbólicamente.

En los días en que su amado aún ostentaba una cierta superioridad sobre ella, a Jane le vino a la memoria, mientras sonreía enigmáticamente, “...lo que hicieron con Hércules y Sansón sus respectivas hechiceras” (JE, 310). A su llegada a Ferndean, la que otrora fuera descrita por Rochester como una hermosa e indomable criatura, presumiblemente un jilguero (JE, 372), imposible de aprisionar en su jaula (JE, 378), halla ante sí a un “Sansón invidente” (JE, 504) y la triste mirada que se dibuja en su rostro no puede menos que recordarle a “ciertos animales salvajes o aves de presa, encadenados y acosados... un águila enjaulada cuyos ojos dorados hubieran sido cruelmente privados de luz” (JE, 504). La mutilación y ceguera de Edward Rochester, que aparentemente lo convierten en un ser débil, lo aproximan en verdad a Jane, fortaleciéndolo a un tiempo, pues son la marca visible de que se ha liberado, para siempre, de las ataduras que lo ligaban a Bertha, a las máscaras y engaños del pasado. La joven a la que tiempo atrás llamara su “esposa-niña”, al convertirse legítimamente en su cónyuge se ha revelado como su mujer-guía, demasiado carnal y doble a lo largo de todo el libro para que le cuadrara el papel de ángel guardián que Rochester, pese a las acertadas reticencias de ella, insistía en atribuirle.<sup>10</sup> Lástima que

la perfecta comunión entre la pareja, surgida una vez que ambos se han despojado de sus respectivos disfraces opresivos, no se dé sino en el decadente, ruinoso y húmedo caserío de Ferndean, medio enterrado en el seno de una frondosa floresta, y prácticamente incomunicado del mundo. Tal vez Charlotte Brontë, al condenar a Jane y Edward Rochester a vivir aisladamente su amor entre sombras, en el destierro de las profundidades de un bosque oscuro, pretendiera evidenciar que los matrimonios igualitarios son cuanto menos insólitos, y quizá imposibles.

#### BIBLIOGRAFÍA

J. AUSTEN, *Mansfield Park*, Oxford University Press, Oxford, New York, 1980.

J. M. BARBEITO VARELA, *Las Brontë y su mundo*, Síntesis, Madrid, 2006.



<sup>10</sup> Véase JE, 309 y 312, donde Jane Eyre afirma: “Ni soy un ángel, ni lo seré hasta que me muera”, así como “prefiero mil veces la rudeza a la lisonja, y que me llame bicho a que me llame ángel”.